

www.elboomeran.com

Álvaro Enrígue

Muerte súbita



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: caballeros practicando deporte, anónimo, italiano.
© Kunsthistorisches Museum, Viena

Primera edición: noviembre 2013

© Álvaro Enrigue, 2013
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9769-2
Depósito Legal: B. 24156-2013

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

El día 4 de noviembre de 2013, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Paloma Díaz-Mas, Marcos Giralt Torrente, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde, otorgó el 31.º Premio Herralde de Novela a *Muerte súbita*, de Álvaro Enrigue.

*A la Flaca Luiselli.
A los tres García: Maia, Miqui, Dy.
A Hernán Sánchez de Pinillos, que me enseñó a leer.*

El registro escrito más antiguo de la palabra «tenis» no se refiere a los zapatos diseñados para hacer ejercicio, sino al deporte del que deriva el término y que fue, con el esgrima –su primo hermano–, el primero que demandó un calzado particular para ser jugado.

En 1451 Edmund Lacey, obispo de Exeter, Inglaterra, definió el juego con la misma ira sorda con que mi madre se refería a mis tenis Converse de juventud, siempre al borde de la desintegración: *Ad ludum pile vulgaritem tenys nucupatum*. En el edicto de Lacey la palabra «tenys» –en vernáculo– está asociada a frases con el olor ácido de los expedientes judiciales: *Prophanis colloquiis et iuramentis, vanis et sepissime periuriis illicitis, sepius rixas*.

En la colegiata de Santa María de Exeter un grupo de novicios había estado utilizando la galería techada del claustro para jugar partidos contra los muchachos del pueblo. El tenis de entonces era mucho más violento y ruidoso que el nuestro: unos atacaban, otros defendían, no había ni red ni líneas, los puntos se ganaban con las uñas y a mordidas, clavando la bola en una buchaca. Como era un deporte inventado por monjes mediterráneos, tenía con-

notaciones salvíficas: atacaban los ángeles, defendían los demonios. Era un asunto de muerte y ultratumba. La pelota como alegoría del espíritu que va y viene entre el bien y el mal intentando colarse al cielo; los mensajeros luciferinos atajándola. El alma desgarrada, como mis tenis.

El rijoso pintor barroco Michelangelo Merisi da Caravaggio, aficionadísimo al juego, vivió sus últimos años en el exilio por haber dejado a un contrincante atravesado a espada en una cancha de tenis. La calle en la que sucedió el crimen todavía se llama «via della pallacorda» —«calle de la red y la pelota»— en memoria del incidente. Fue condenado a muerte por decapitación en Roma y pasó años viviendo a salto de mata entre Nápoles, Sicilia y la isla de Malta. Pintaba, entre comisión y comisión, aterradores cuadros sobre decapitaciones en los que él mismo era el modelo de las cabezas cortadas. Se los mandaba al papa o a sus personeros, como una entrega simbólica que provocara su indulto. Lo apuñaló luego a él mismo un sicario de los caballeros de Malta, a los treinta y nueve años, en la playa toscana de Porto Ercole. Aunque era un prodigio con la espada y el puñal como lo fue con los pinceles y las raquetas, la sífilis alucinatoria y el saturnismo le impidieron defenderse. *Sepiu rixas*. Ya había sido indultado y se dirigía por fin de vuelta a Roma.

Hace unos años asistí a una de las trescientas mil ferias del libro que se organizan todas las semanas por todo el mundo hispano. Un crítico literario local me encontró tan intragable que no pudo resistirse a dedicarme una filípica. Como no tuvo el tiempo o la energía requerida para leer un libro y despedazarlo, publicó en su blog: «¿Cómo se atreve a presentarse ante nosotros con los tenis en ese estado?» *Vanis et sepossime periuriis illicitis!*

Es normal que quienes se sienten dueños de cualquier

género de autoridad se quejen del tenis, de nuestros tenis. Yo mismo suelo extender reclamos como cheques sin fondos sobre los Adidas de mi hijo adolescente. Utilizamos los tenis hasta el punto en que llevarlos puestos en un día de lluvia se convierte en un suplicio. Las figuras llamadas a mandar los odian porque son impermeables a sus designios.

En la escena inicial de la comedia renacentista británica *Eastward Ho*, un sirviente llamado Quicksilver entra al escenario cubierto con una capa y calzado con zapatillas de salón –unas pantuflas con suela de lana gruesa que son el primer antecedente de nuestros tenis. Su señor, preocupado por lo que ve como una señal de que el joven está a punto de hundirse en un mundo de truhanes, apostadores y asesinos, le alza la capa. Llevaba al cinto una espada y una raqueta. Otra figura de autoridad que descubre los defectos esenciales de alguien por culpa de su calzado deportivo: una madre, un crítico, un obispo, el jefe.

Cuando desmejora la apariencia del calzado de piel y baqueta, lo llevamos al zapatero para que le devuelva la novedad triste de una cara intervenida por el cirujano plástico. Los tenis son piezas únicas: no tienen remedio, sus méritos están relacionados con las cicatrices que les dejaron nuestros malos pasos. Mi primer par de Converse tuvo una muerte súbita. Un día volví de la preparatoria y mi madre ya los había tirado.

No creo que sea casualidad que, en México, para referirnos a la muerte de alguien digamos que «colgó los tenis», que «salió con los tenis por delante». Somos sólo nosotros mismos, estamos en proceso de descomposición, jodidos. Usamos tenis. Vamos y venimos del mal al bien, de la felicidad a las responsabilidades, de los celos al sexo. El alma de un lado al otro de la cancha. Éste es el saque.

PRIMER PARCIAL, JUEGO UNO

Sintió el cuero de la bola entre el pulgar, el índice y el cordial de la mano izquierda. La rebotó contra el pavimento una, dos, tres veces, haciendo girar en el puño de la derecha el mango de la raqueta. Se dio tiempo para medir el espacio de la cancha: el brillo del sol del mediodía le parecía insoportable debido a la resaca. Respiró hondo: la partida de raqueta que estaba por desatar era de vida o muerte.

Se limpió las perlas de sudor de la frente y volvió a girar la pelota entre los dedos de la mano izquierda. Era una bola rara: muy usada y recocida, un poco más chica de lo normal, indudablemente francesa por su solidez; rebotaba de una manera más bien febril en comparación con las pelotas de aire españolas con las que estaba acostumbrado a jugar. Miró al piso y raspó con la punta del pie la línea de cal que marcaba el final de su lado de la cancha. Su pierna corta tenía que caer un poco antes de la raya: el factor sorpresa que lo hacía invencible con la espada y no tenía por qué no hacerlo jugando a la raqueta.

Escuchó una carcajada de su oponente, que esperaba el saque al otro lado de la cuerda. Alguno de los proxenetas

que lo acompañaban había murmurado algo en italiano. Al menos uno de ellos le era familiar: un hombre de nariz prominente, barba roja y ojos tristes –el modelo que había representado el papel del santo recolector de impuestos en *La vocación de San Mateo* que la iglesia de San Luigi dei Francesi presumía como su adquisición más reciente. Lanzó la bola al aire y gritó *Tenez!* Sintió cómo se cimbraba la tripa de gato cuando la prendió con toda su alma.

Su contrincante siguió la pelota con la mirada mientras volaba rumbo al techo de la galería. Pegó en una de sus esquinas. El español sonrió: su primer saque tuvo veneno, se volvió inalcanzable. El lombardo se había confiado, seguro como estaba de que un cojo no podía ser rival para él. El poeta comentó con esa voz rápida y aguda con que los castellanos perforan paredes y conciencias: Más vale cojo que marica. Nadie celebró su chiste del otro lado de la cancha. El duque, en cambio, lo miró desde su sitio en la galería techada de la banda con la sonrisa discreta de los grandes calaveras.

Con el tiempo el juez de cancha del poeta llegó a ser el grande de España a que le daba derecho su título, pero para el otoño de 1599 no había hecho nada más que dañarse el cuerpo, vulnerar el nombre de su casa, hundir a su mujer en el desasosiego y sacar de sus cabales a los privados del rey. Era un hombre chaparro y arrojado. Tenía la cara redonda, la nariz en punta casi cómica, unos ojos de semilla de toronja que le ponían la mirada irónica hasta cuando estaba de buena vena, el pelo corto y rizado y una barba poco creíble que lo hacía parecer más tonto de lo que era. Attendía al partido, a la manera desdeñosa y socarrona con que lo hacía todo, sentado bajo la arcada de madera en cuyos techos tenía que rebotar la bola para que un saque fuera bueno.

El lombardo ocupó el centro de la cancha detrás de la línea de base. Se puso en posición de arranque, a la espera del rebote del tiro del español. La panda de vagos que lo acompañaba guardó esta vez un silencio respetuoso. El poeta volvió a sacar y volvió a ganar el punto. Había puesto la bola casi de su lado en la techumbre, con lo que había conseguido que cayera prácticamente muerta para su contrincante. El duque gritó el marcador: 30-Love, aunque lo que dijo fue «lof». Los italianos entendieron perfectamente.

Más seguro de sí, el español se secó la palma de la mano derecha en los calzones. Giró la bola en la izquierda. Sudaba lo suficiente para cargarla de efecto sin necesidad de escupir en ella. No era el calor, sino la fiebre que aterriza en un purgatorio de escalofríos a los que bebieron de más y no se han repuesto. Movi6 el cuello en círculos, cerró los ojos, se limpió el morro con la manga. Apretó la bola. No era una pella normal; tenía algo de irregular, como si más que una pelota fuera un talismán. Pensó que sus saques estaban resultando imparables por eso y que se tendría que cuidar del efecto que le podría imprimir su dueño, que la conocía mejor, cuando fuera su turno en la cancha defensiva.

Empuñó la raqueta y lanzó la pella al aire. *Tenez!* Le dio tan duro que sintió que la rotación de la tierra registraba una fracción de segundo de retraso cuando fijó la pierna corta otra vez en el suelo. La pelota rebotó caprichosamente en el tejado de la galería. El lombardo sacó bien el cuerpo. El español trató de matar el revire en corto, pero no lo alcanzó. El punto siguió: la bola había pegado, para su fortuna, en uno de los postes y la pudo pescar de rebote, clavándola al fondo del campo. La solución había sido buena, pero la maniobra fue demasiado larga y la

sorpresa era el único método que tenía para equilibrar la experiencia de su contrincante en el campo. El milanés no tuvo problema tirándose para atrás y clavando un drive que el poeta no tuvo modo de regresar.

30-15, gritó el duque. El único discreto entre los acompañantes del lombardo era su juez de cancha –un profesor de matemáticas silencioso y avejentado. Se metió al campo para marcar una cruz de tiza en el sitio en que la pelota había rebotado. Antes de hacer la marca volteó a ver al válido del español. El duque afirmó, con indiferencia afectada en su forma de alzar los hombros, que la raya estaba bien puesta ahí.

El poeta tardó en volver a su posición. Se había acercado a la galería aprovechando la lentitud con que el profesor de matemáticas marcaba el piso. Es buenísimo, le dijo el duque cuando lo tuvo cerca; esa recta tú no la sacas ni en tu mejor día. El poeta infló los carrillos y sacó el aire con un bufido. No puedo perder, dijo. No puedes perder, confirmó su padrino.

El siguiente punto fue largo y cerrado. El español se defendió pegado a la pared, sacando bolas como si lo que lo atacara fuera un ejército. Achica, achica, le gritaba el duque cada tanto, pero la potencia de su enemigo lo volvía a echar atrás cada que conseguía adelantar algo. En un momento límite tuvo que contener un drive dándole la espalda a su contrincante –una jugada vistosa pero poco práctica. El lombardo prendió la pelota en corto y volvió a acribillar la pared. La bola pegó cerquísima de la buchaca –si hubiera entrado, el juego habría sido para el artista automáticamente. 30 iguales, gritó el duque. *Parità*, confirmó el profesor. El poeta hizo un despeje que pegó en el filo de la galería. Dentro e inalcanzable. 45-30. Ventaja, gritó el noble español. El matemático confirmó serenamente.

El siguiente punto se disputó con más inteligencia que fuerza: el poeta no se dejó arrinconar y finalmente pudo forzar al artista a jugar una esquina. En la primera bola corta lo eliminó. Juego, gritó el duque. *Cacce per Spagna*, gritó el profesor.

Regla

Raqueta. Juego como el de la pelota. Uno defiende y otro ofende, luego del revés. Si quedan tablas, con carrerillas se sabe quién defiende y quién ofende en el tercer lance, que llaman de muerte súbita. Al tiempo del saque es forzoso que la pelota bata en un tabladillo que hay en la banda del juego, desde donde cae en dentro y se vuelve. Raqueta se llama también la pala con que juegan este juego, hecha de madera de parte a parte y al centro una redcilla de vihuela recia. Ásese por el mango y se vuelven las pelotas al impulso suyo, que es muy violento y fuerte. La raqueta se juega a puntos, pero el que hace buchaca gana un lance y el que gana tres lances seguidos o cuatro divididos, gana la partida.

Diccionario de Autoridades. Madrid, 1726

DECAPITACIÓN I

Jean Rombauid tuvo el más jodido de los empleos la mañana del 19 de mayo de 1536: partir de un tajo el cuello de Ana Bolena, marquesa de Penbroke y reina de Inglaterra; una joven tan bella, que había convertido el paso de Calais en un Atlántico. El infame ministro Thomas Cromwell lo había mandado traer desde Francia sólo para eso. Le pidió, en una misiva escueta, que llevara su espada toledana –de forja milagrosamente fina– porque iba a hacer una ejecución delicada.

Rombauid no era ni querido ni indispensable. Bello e inmoral, flotaba con humor frío por el estrecho círculo de trabajadores muy especializados que medraban en las cortes renacentistas protegidos por la vista gorda de los embajadores, los ministros, los secretarios y los ayudantes de cámara de la realeza. Su reserva, hermosura y falta de escrúpulos lo hacían un natural para cierto tipo de operaciones de las que todo el mundo sabía y que nadie comentaba, operaciones oscuras sin las que nunca se ha podido hacer política. Se arreglaba con un gusto inesperado para alguien con el oficio de ángel asesino: portaba anillos caros, calzones entallados con brocados excesivos, camisas de

terciopelo azul real que no correspondían a su condición de hijo de puta, literal en todos los casos. Tenía una melena castaña rajada por trazos claros en la que se trenzaba con gracia de payo las joyitas de poca monta que le estafaba a sus mujeres, sometidas con las distintas armas sobre las que Dios le había dado magisterio. Nadie sabía si era silencioso por inteligente o por imbécil: sus ojos azul oscuro, un poco caídos hacia los lados, no expresaban nunca compasión, pero tampoco ninguna forma de la animosidad. Además Rombaudo era francés: para él, matar a una reina de Inglaterra, más que un delito o una hazaña, era un deber. Cromwell lo mandó llamar a Londres porque le pareció que esa última característica lo hacía particularmente higiénico para ejecutar el trabajo.

No fue el rey Enrique quien dispuso la muerte de su esposa a espada de Toledo y no por el golpe vil del hacha que había reventado la espina de su hermano –acusado de acostarse con la reina, un delito que le concedía la suma récord de tres condenas a muerte: por lesa majestad, por adúltero y por degenerado. Era sólo que nadie podía soportar, ni siquiera el infame Thomas Cromwell, que semejante cuello fuera quebrado por el filo inexacto de un segur.

En la mañana del 19 de mayo de 1536, Ana Bolena asistió a misa y confesión. Antes de ser entregada al condestable de la Torre Green en que su cuerpo sería separado en dos partes, pidió que fueran sus damas y nadie más las que tuvieran el privilegio de cercenarle las carnosas trenzas rojas y cortarle el resto del pelo a rape. La mayor parte de los retratos que la sobreviven, incluida la única copia del único que consta que se hizo en vida –y que se conserva en la colección Tudor del castillo de Hever–, la dibujan dueña de una cabellera crespá y significativa.

Parece ser que la alcoba real ahuyentaba la libido del rey Enrique, tan resultón en las lides extramaritales como poco cumplidor con los deberes reproductivos de su dignidad real. Si alguien lo sabía, era la marquesa de Penbroke, que sólo había concebido de él en un día de campo y cuando todavía estaba casado con la reina anterior. Habían tenido una niña tan bella como ella misma, por la que el monarca mostraba la ternura estruendosa de los homicidas. Ana Bolena avanzó al cadalso, entonces, consciente de la oportunidad estadística de que su hija Elizabeth llegara al trono, como al final sucedió. Se entregó al martirio ostentando una alegría calculada. Sus últimas palabras, discursadas frente a los testigos de su muerte, fueron: «Le pido a Dios que salve al Rey y que le permita gobernar largamente sobre Inglaterra, porque nunca ha habido un príncipe ni más gentil ni más piadoso.»

¿Qué hay en la desnudez, tan teóricamente igual a sí misma en todos los casos, que nos vuelve locos? Encuerados, sólo deberían alborotarnos los monstruos, y sin embargo lo que nos trastorna es lo que se asemeja a un estándar. Las damas que acompañaron a Bolena hasta el suplicio le habían retirado el cuello del traje antes de escoltarla al cadalso. También la habían desvestido de collares. No sintieron que quitarle el velo y el tocado atentara en lo más mínimo contra su belleza: rapada era tan hermosa como con pelo.

El brillo azulado de su cuello temblando a la espera del golpe produjo una impresión emotiva en Rombaud. Según contó uno de los testigos de la ejecución, el mercenario tuvo la gentileza de esforzarse por sorprender a la dama que se ofrecía encuerada de los omóplatos a la coronilla. Ya con el fierro bien alto y listo para ensañarse con el cuello de la reina, preguntó con descuido: ¿Alguien ha visto

mi espada? La mujer sacudió los hombros, tal vez aliviada de que alguna casualidad pudiera salvarla. Cerró los ojos. Sus vértebras, el cartílago, los tejidos esponjosos de su tráquea y faringe produjeron, al separarse, el elegante chasquido del corcho al ser liberado de una botella de vino.

Jean Rombauid declinó el bolso con monedas de plata que Thomas Cromwell le tendió cuando terminó el trabajo. Refiriéndose a toda la concurrencia, pero mirando a los ojos del hombre que había intrigado hasta destronar a la reina, dijo que había aceptado hacer lo que había hecho para evitarle a una dama la asquerosidad de morir por el fierro de un verdugo. Hizo una reverencia oblicua en dirección a los ministros y pastores que presenciaron la decapitación y se regresó de ahí mismo, a todo galope, a Dover. Desde temprano el condestable había empacado en las alforjas de su caballo las trenzas rotundas de la reina de Inglaterra.

Era aficionado al tenis y esa paga le parecía suficiente: el pelo de los ajusticiados en el cadalso tenía propiedades excepcionales que lo cotizaban entre los fabricantes de bolas de París a precios estratosféricos. Más si era de mujer, más si era rojo, inimaginablemente si era de una reina en funciones.

Las trenzas de Ana Bolena produjeron un total de cuatro bolas que fueron, por mucho, los aparejos deportivos más lujosos del Renacimiento.